

dicha inesperada, eterna y en algun modo infinita. Inclinarsse ante el misterio, cuando apenas no es más que una abstraccion, en el campo de investigaciones en que parece absurdo que existia, y arrojarlo en un órden de concepciones en que es una necesidad natural ó imperiosa, cuando tiene por resultado mostrarnos á Dios, la verdad, la bondad y la belleza infinitas, dilatándose todo entero en alguna manera, segun el lenguaje inspirado de santo Tomás, para nuestra dicha, como si el hombre fuese el Dios de Dios mismo, ¿no es el colmo del desatino y de la injusticia?

Capítulo vigésimo segundo. — Dios. — La idea de Dios. Nada más natural, más familiar al hombre que el pensamiento, que la idea de Dios. ¿Cuando consideramos el cielo, decia ya Ciceron, podemos no reconocer con evidencia que es una inteligencia soberana quien lo dirige? San Pablo decia á su vez: «Las perfecciones invisibles de Dios, hechas comprensibles por las cosas que fueron criadas, se han hecho visibles, como su poder eterno y su divinidad, de suerte que son (los filósofos) inexcusables, porque habiendo conocido á Dios no lo han glorificado como Dios, y no le han dado gracias, sino que se han desvanecido en sus pensamientos. Su insensato corazon ha oscurecido su inteligencia.»

Por lo mismo que, siempre en el lenguaje del gran Apóstol, estamos en Dios, nos movemos en Dios, vivimos en Dios, somos del linaje de Dios, en el sentido que tenemos el sér con Dios y por Dios, el alma es naturalmente creyente en Dios. Todo en ella aclama á Dios. Un filósofo célebre, Hemsterhuys, no ha vacilado en decir: *Un volo suspiro hácia lo futuro es una demostracion más que geométrica de la Divinidad!*

Porque Dios crió al hombre á su imagen, le dió la plenitud de la inteligencia para pensar, creó en él la ciencia del espíritu, aun concedió á sus orejas el honor de oír su voz misteriosa (Eccles. XVII, 5—11), el hombre ha sido desde el ori-

gen iniciado en la idea y el sentimiento de Dios. Ved porque siempre y por todas partes, el hombre en su espíritu, en su corazon, en su lenguaje, en su culto, ha estado constantemente en relacion con Dios. «Obligado por mi enseñanza, ha dicho M. de Quatrefages en su libro *de la Especie humana*, á pasar revista á todas las razas humanas, he buscado el ateismo en las razas más inferiores así como en las más elevadas. No lo he encontrado en ninguna parte, sino es en el estado individual, ó en el estado de escuelas más ó menos exclusivistas, como se vió en Europa en el siglo último, como se vé todavía hoy.»

Es esto tanta verdad, que nosotros hemos visto un heterogenista, positivista hasta el exceso, invocar la pretendida ausencia de toda idea de Dios, como carácter distintivo de las razas humanas, no pertenecientes á la raza adámica.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Hemos multiplicado en esta obra las pruebas ciertas de la existencia de Dios. Las más palpables son las que resultan de la prueba de estos grandes dogmas científicos.

El número actualmente infinito es imposible: hubo una primera revolucion de cada uno de los astros, un primer hombre, y en cada categoria de los séres un primer padre.

La vida no ha existido siempre en la superficie de la tierra.

La generacion espontánea ó el desarrollo de la vida sin otra anterior es imposible.

El universo sin Dios, la teoria puramente dinámica del mundo ó de los mundos, conduce á absurdidades monstruosas.

La causalidad es un primer principio de la razon; la finalidad es una ley de la naturaleza. La finalidad, el designio, las causas finales brillan por todas partes y proclaman una Inteligencia infinita.

El instinto de los animales es inexplicable sin Dios.

Los átomos y las moléculas son productos manufacturados, obras de Dios.

Cada una de las obras de los seis días ha exigido impetuosamente la intervención divina.

La existencia de Dios es más invenciblemente demostrada todavía por cada uno de los quince esplendores de la Fe, que son, en su conjunto, profecías brillantes y milagros de la omnipotencia divina.

Dios resplandece en cada una de las páginas de las divinas Escrituras; el conjunto de textos en los cuales los escritores sagrados enumeran los nombres y celebran los atributos del Dios de Adán, de Abraham, de Jacob, del Evangelio, nombres y atributos que no pudieron ser inventados por el espíritu humano, son por sí solos una manifestación sublime del dogma fundamental de nuestra fe, porque exceden infinitamente a la inteligencia humana.

Instituida por su divino fundador, la Iglesia católica cree y profesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, todopoderoso, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en inteligencia, en voluntad, en todas las perfecciones; poder espiritual, uno, singular, absolutamente simple é inmutable. (*Constitución dogmática del Concilio Vaticano*).

La definición y los atributos de Dios.

En el momento en que vá á confiarle la misión de libertar á los hijos de Israel de la servidumbre, Dios dice á Moisés: «Ven y te enviaré á Faraón.—¿Quién soy yo para ir á Faraón y sacar á los hijos de Israel de Egipto?—Yo estaré contigo.—Diré á los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros padres me envía á vosotros. Pero si me preguntan cuál es su nombre, ¿qué diré?—Tú les dirás: *Yo soy el que soy. El que es me envía á vosotros.*» Hubiera sido imposible concebir y enunciar una definición tan clara y magnífica. Conviene admirablemente al ser definido, Dios; y no conviene más que á él. Lo caracteriza por su género pró-

ximo, el *Sér. Yo soy*; y por su diferencia muy propia, *El que soy, El que es*. De esta definición incomparable dimanan inmediatamente todos los atributos divinos.

Su inteligencia. Se conoce, se afirma.

Su personalidad. Se manifiesta á Moisés, le habla, le manda, le dice: *Yo soy, yo te envío*.

Su unidad. Es el que es. Si hubiese dos ó muchos dioses, no sería el que es, sino que sería una parte de lo que es. Otra vez puso en boca de Moisés esta declaración formidable: *¡Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios que yo!*

Su simplicidad. Si Dios estuviese compuesto, tendría en Él el ser y el no ser, y no sería el que es. Si fuese extenso, se podría concebir su mitad, su cuarto. El *Yo*, el *Mi*, es necesariamente simple é indivisible.

Su eternidad. El que es, es esencialmente presente: no hay para él ni pasado ni venidero. Si no fuese eterno, no hubiera sido siempre, y no sería el que es. Y añade además: *El que es, es mi nombre de toda la eternidad*. Él es; es el eterno presente.

Su inmensidad. Él es, es por todas partes, como es siempre. Por todas partes es Él. Del mismo modo que su eternidad comprende eminente y virtualmente pasado y venidero, su inmensidad comprende virtualmente el espacio y el lugar, que sólo existieron cuando creó los seres finitos.

Su necesidad. Él es, luego es necesariamente. Y para el *Sér necesario* no hay ni tiempo, ni lugar. El tiempo y el lugar sólo son para los seres contingentes, que han recibido necesariamente su sér del Sér de los seres.

Su inmutabilidad. El que es, es necesariamente lo que es, todo lo que puede ser. Es inmutable en su esencia, en sus perfecciones divinas que son su esencia, en sus actos interiores ó *ad intra* que son Él mismo, pero no en sus actos exteriores, *ad extra*, que son de Él, en Él, por Él, pero que no son Él. La causa primera de todas las cosas, esencialmente una, simple, indivisible, inmutable, puede

por un solo acto, eterno como ella misma, producir fuera séres creados sucesivos y mudables, sin cambiar ella misma. Los séres creados por Dios cambian, pero Dios permanece siempre el mismo, el que es; ellos perecen, pero Dios permanece.

Su verdad, su bondad, su belleza. El sér creado puede ser y es verdadero, bueno y bello. Luego el Sér infinito. El que es, es infinitamente verdadero, infinitamente bueno, infinitamente bello; la verdad, la bondad, la belleza infinitas.—¿Por qué me interrogais sobre lo bueno? decía Jesucristo. Dios solo es bueno, la misma bondad, como es la verdad misma, la misma belleza. Lo verdadero, lo bueno, lo bello, son el sér bajo diversas denominaciones. *Bonum et ens convertuntur.* Es siempre el Sér.

Su fuerza ó poder, su ciencia.—Todos estos atributos son perfecciones del sér creado; luego son con más fuerte razon perfecciones del Sér esencial, del que es, del Sér de los séres.

El Sér infinito es, pues, todopoderoso, omnisciente. Dios lo puede todo, Dios lo sabe todo, ó mejor dicho, Dios lo vé todo con una vision intuitiva; porque lo vé todo en su sér, que es el sér de los seres, con una vision esencial, eterna. Por esto mismo no hay para Dios venidero, no hay, propiamente hablando, para Dios prevision ó presciencia, sino solamente ciencia y vision.

Su libertad.—La libertad es una cualidad esencial de las inteligencias finitas, y una cualidad perfeccionante ó perfeccion: luego la Inteligencia infinita es infinitamente libre, no en sus actos interiores que son ella misma, sino en los actos exteriores ó relativos á la creacion. Dios ha creado al mundo libremente, y lo ha creado libremente tal como es; y lo gobierna libremente como quiere.

Dios es libre en el sentido que por un solo y único acto eterno decretó libremente lo que debia existir fuera de Él, pero no en el sentido que pueda cambiar de resolucion ó de voluntad. Es del todo libre y del todo inmutable á la vez. Y por lo mismo que estas dos perfecciones coexisten

en Dios, son compatibles, aunque no podamos ver el cómo de esta armonia misteriosa.

Dios, en la creacion como en el gobierno del mundo, pudo y debió fijar su eleccion sobre lo imperfecto ó lo menos perfecto, porque lo más perfecto sólo puede existir en Dios; y por otra parte lo imperfecto del sér finito no alcanza en manera alguna al Sér infinito. Basta que toda obra de Dios sea buena. Y en efecto, cada uno de los periodos de la creacion tiene por coronamiento esta justificacion de una simplicidad sublime: *Dios rió que era bueno.*

Su sabiduría y su justicia.—Estas son tambien cualidades perfeccionantes ó perfecciones de los espiritus finitos, luego están en un grado infinito en el Sér de los séres. El que es. La sabiduría consiste en la proporcion y armonia perfecta entre el fin y el objeto que se tiene de alcanzar y los medios que es preciso emplear para conseguirlo. Pues bien, Dios abraza con fuerza su obra de un extremo á otro, y lo dispone todo con una dulzura irresistible. Dios es infinitamente justo, esto es, infinitamente fiel á sí mismo, á sus decretos y promesas. Recompensa la virtud y castiga el vicio. Libre de sus dones, no exige á sus criaturas lo que no les ha dado; castiga esencialmente el pecado; no lo castiga necesariamente en este mundo; es paciente porque es eterno.

En resumen, la inteligencia, la personalidad, la unidad, la simplicidad, la eternidad, la inmensidad, la necesidad, la inmutabilidad, la verdad, la bondad, la belleza, la omnipotencia, la omnisciencia, la libertad, la sabiduría y la justicia infinitas de Dios, son una consecuencia necesaria é inmediata de la definicion revelada á Moisés: *¡Yo soy el que soy!* Estas grandes palabras, estos atributos misteriosos, que han llegado á ser familiares á las inteligencias humanas, no pudieron ser inventados por ellas. Son, pues, esencialmente realidades subjetivas, y el conocimiento que tenemos de ellas únicamente puede ser *el resultado de la iluminacion de nuestras almas, hechas á imagen y semejanza de Dios, por el Verbo divino á su entrada en el mundo.*

PERSONALIDAD DIVINA.

Lo que más repugna al libre pensamiento, es que Dios sea, tanto y más que todos los otros seres, una naturaleza distinta é infinita, subsistente en sí misma; el más alto, el más acentuado, el mejor caracterizado de todos los yo, que obra, que manda, que se impone á todos los seres, los cuales sólo tienen razon de ser en Él, para Él y por Él. Y sin embargo Platon, á la luz de su razon pagana, escribia esta solemne sentencia: «Nunca jamás se nos persuadirá de que no haya nada bajo el nombre de Dios; que aquel que *es absolutamente* no tenga ni movimiento, ni vida, ni alma, ni pensamiento, que esté inerte, que esté privado de la augusta y santa inteligencia. ¿Diremos que tiene inteligencia, pero que no tiene vida? ¿Diremos que tiene lo uno y lo otro, pero que no tiene personalidad? Diremos que es personal, inteligente, vivo, pero que es inactivo? Todo esto es absurdo.»

Però, dirán, la personalidad disminuye á Dios, y disminuyéndole lo suprime. Esta es una afirmacion gratuita y falsa, una blasfemia, una locura. El sér que no subsiste en sí mismo, que no es una persona, que no dice yo, *ego*, él solo tiene realidad fuera de él y no es nada.

Però, añaden, si Dios fuera distinto de su obra, no seria su obra, no seria el sér ó lo infinito. Cómo si toda la realidad de la obra no viniese del obrero, cómo si todo el sér de las criaturas no estuviese eminentemente en Dios, cómo si toda oritura no fuese, no se moviese, no viviese en Dios, cómo si suprimiendo á Aquel que es, no se suprimiese por lo mismo á todos los seres, la obra entera de Dios! La obra honra, exalta al obrero y no lo suprime. La obra sin obrero es una quimera: Rafael sin sus obras maestras no seria Rafael, no seria nada. El poder de las obras acusa el génio de la personalidad. Dios es en sus obras por su poder que las ha sacado de la nada, por su presencia que las hace subsistir, por su esencia que les dá el sér, el movimiento, la vida.

En cuanto á la pretension del panteismo moderno de que el sér infinito, universal, perfecto, inmutable, superior al tiempo y al espacio, no puede ser *más que un sér ideal*; que concederle la realidad seria negar su infinitud, en el sentido que la perfeccion y la realidad implican contradiccion; que la perfeccion no existe ó no puede existir más que en la idea; que el Dios real, por consiguiente, sólo puede ser el conjunto de seres que lo manifiestan, el *cosmos* con sus imperfecciones y sus lagunas; que, en una palabra, Dios es la idea del mundo, y el mundo la realidad de Dios (*Vacherot, Metafísica*), es un sofisma absurdo, un ruido de palabras incoherentes. Es mejor evidentemente existir que ser simplemente imaginado por otro sér, pues que el sér que existe en sí tiene al mismo tiempo su idealidad y su realidad. El ideal no es más que una simple modificacion del espíritu que lo concibe, y es menos forzosamente que este. El espíritu que engendra al ideal Dios, sér infinito, ó finito. Si es infinito, será una realidad infinita, su misma concepcion será una realidad infinita, subsistente en sí misma. Dios será realmente y no idealmente. Si es finito, su misma concepcion será finita, y no será la perfeccion ideal infinita. Dios ideal infinito sólo es una vana quimera. Dios *Naturaleza ó Cosmos* sólo tiene realidad en el espíritu finito que lo concibe, y muere con él. Esto no es ya panteismo, es el materialismo brutal con todas sus consecuencias.

Como respuesta al razonamiento del impio: lo perfecto, Dios, no es más que una idea del espíritu, elevándose de lo imperfecto que vé á una perfeccion que sólo tiene realidad en el pensamiento, Bossuet invocaba su alma: «Dime, alma mía, cómo entiendes la nada sino por el sér, la privacion sino por el bien de que te priva, la imperfeccion sino por la cualidad que te hace perder, el error sino por la negacion de la verdad, la duda y la obscuridad sino por la falta de luz y de sabor, el desórden sino por la violacion del órden?... Hay, pues, anteriormente á todo, un sér, una verdad, una regla, un órden, en una palabra, una

perfeccion ante toda perfeccion, un perfecto que es el primero. ¡Hé aquí Dios.» Nada más absurdo, en efecto, que admitir que la negacion precede á la afirmacion, que lo finito precede á lo infinito. Lo finito añadido á lo finito no hará jamás más que un sér ideal, indefinido, que es forzosa-mente la negacion de lo infinito, del sér, de lo que es.

Queda, pues, el materialismo grosero que decreta sin fruncir las cejas, y sin tener ninguna cuenta de la observacion, de la experiencia, de la razon, etc., que la materia es eterna; que todos los séres de la naturaleza sólo son modificaciones, evoluciones de la materia; que todas las operaciones físicas, psicológicas, psíquicas, cuyo mecanismo ignora el hombre; la vida, el instinto, las ideas, los juicios, los raciocinios, los sentimientos, el querer, son fenómenos debidos al juego de las fuerzas atómicas ó moleculares de la materia.

Están de tal modo ciegos, que no ven que haciendo la materia eterna la hacen necesaria, que haciéndola necesaria la hacen ilimitada, que haciéndola ilimitada la hacen infinita, que haciéndola infinita y causa de todo lo que existe, la hacen todopoderosa, la hacen Dios eterno, necesario, infinito, todopoderoso.

Un conjunto de átomos existe en número necesariamente finito, pues que el número actualmente infinito (que no puede ser á la vez par é impar) es imposible. ¿Infinito lo que es esencialmente número y límite, cuando lo infinito sólo se concibe excluyendo á la vez el límite y el número? Perfecto este mismo finito número de átomos, que por lo mismo que es finito, puede ser concebido más ó menos grande, se puede concebir más ó menos cambiado ó transformado, etc.? ¡Ah! estos no son ya misterios; son absurdidades monstruosas.

En resumen, Aquel que es, el Sér por esencia, necesario, eterno, infinito, inmenso, inmutable, todopoderoso, etc., Dios, es un misterio, pero un misterio grandioso, magnífico, que imponiéndose á la inteligencia la eleva y la exalta á su vez. ¡Qué admirable dato para la razon hu-

mana el de la necesidad absoluta de un primer sér! y al mismo tiempo si se puede espresar así, cuán natural y conforme es á la razon! En efecto, si en un instante dado ningun sér hubiese existido, jamás ningun sér hubiera existido, pues que la nada nada puede engendrar. Tambien el ateo no vacila en hacer la materia eterna, cada átomo de la materia eterno. La materia y el átomo son finitos, y lo finito es lo indeterminado, en cuanto á su naturaleza, forma, tiempo, lugar, movimiento, cualidades, etc., etc. Pues bien, necesario y limitado, eterno é indeterminado, es á la vez la afirmacion y la negacion, es lo imposible en su supremo poder, en tanto que el sér, el que es, y el sér necesario, eterno, infinito, inmenso, inmutable, todopoderoso, omnisciente, son una sola y única espléndida afirmacion.

Y una vez admitido este primer misterio que tan bien armoniza con la razon, todos los otros misterios armonizan á su vez, porque tienen su razon de ser en Dios y nos han sido revelados por Dios. Para el materialista, al contrario, un abismo llama á otro abismo, cae de catarata en catarata hasta que es sumergido por las olas del desatino y de la desesperacion.

Capítulo vigésimo tercero.—**Los misterios de la Santísima Trinidad.**—Dios es uno. La razon basta para demostrárnoslo. Pero lo que ninguna inteligencia contingente y finita, si Dios mismo no se hubiera dignado revelárnoslo, hubiera podido suponer en esta unidad infinita, es una misteriosa triplicidad; en esta naturaleza esencialmente una hay tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Ya en el relato de la creacion se ve una forma sorprendente de singular y plural, que caracteriza la multiplicidad en la unidad divina: «*Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Y Dios crió al hombre.*» Más tarde, sentado bajo la encina de Mambré, el padre de los creyentes vió pasar ante él como un simbolo ó una sombra de la san-

tísima Trinidad. Dios se mostró á Abraham bajo tres formas humanas, á las cuales habló en singular, como si fuesen uno, *ne transeas, Domine*; y que le responden como si fuesen uno, *revertere*. Vió á tres, dice un santo Padre, y adoró á uno. Despues vienen los Profetas que celebran en sus cantos, pero todavía muy vagamente, el Padre, el Verbo y el Espíritu; hasta que, en fin, Jesucristo viene á rasgar el velo: «Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Eco fiel de la revelación divino, san Juan el Evangelista dice á su vez: «Tres rinden testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una sola cosa (1).» En fin los Apóstoles en su divina Símbolo hacen esta solemne profesión de fe: «Creo en Dios, Padre todopoderoso....., en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu Santo.» San Atanasio, en el Símbolo de la Fe que lleva su nombre y que es aceptado por la Iglesia entera, define con una precisión admirable el dogma sublime de la Santísima Trinidad: «La Fe católica quiere que adoremos un solo Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad, no confundiendo las Personas y no separando la sustancia. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tiene una misma divinidad, una gloria igual, una majestad coeterna. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres increados, tres inmensos, tres eternos, sino un solo increado, un solo inmenso, un solo eterno. Todopoderoso, Dios, Señor, es el Padre; Todopoderoso, Dios, Señor, es el Hijo; Todopoderoso, Dios, Señor, es el Espíritu Santo. No son tres todopoderosos, tres dioses, tres señores, sino un solo Todopoderoso, un solo Dios, un solo Señor. El Padre

(1) Aunque el autor traduce uno, creemos que una sola cosa es mucho más conforme á la Vulgata y al texto griego.

no ha sido hecho por ninguno, ni creado, ni engendrado. El Hijo es del Padre, no hecho, no creado, pero sí engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, no creado, no engendrado, sino procedente. Un Padre, pues, y no tres Padres, un Hijo y no tres Hijos, un Espíritu Santo y no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad no hay ni anterior, ni posterior, ni mayor, ni más pequeño. Estas tres personas, son coeternas y coeuales, de suerte que se tiene en todo que adorar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Uno en tres, tres en uno, pero tres personas en una sola substancia ó naturaleza, y una sola naturaleza en tres personas.»

La fe no enseña que tres dioses hagan un solo Dios, que una sola substancia haga tres substancias; esto seria contradictorio en sí y contrario á la razon: sino que una sola y única naturaleza está en tres personas, y que estas tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no forman más que un solo Dios. Lo cual es un misterio superior á la razon, un misterio inefable, pero un misterio glorioso, cuya soberana conveniencia ó aun su necesidad absoluta, por consiguiente, y la existencia puede hasta cierto punto concebir nuestra razon iluminada por la fe.

El alma humana, hecha por Dios á su imagen y semejanza, tiene su trinidad en su unidad. Existe, conoce, quiere ó ama. La idea ó el conocimiento es una cosa distinta del sér; la voluntad es una cosa distinta del sér y de la idea.

Pero por lo mismo que mi alma es susceptible de sufrir y sufre efectivamente mil diversas modificaciones, en mí el sér, la idea, la voluntad son simples accidentes, modos ó maneras de existir, que no subsisten en sí mismas, sino en el alma, no tres personas, sino una sola persona, como una sola naturaleza. En la naturaleza divina, al contrario, no se puede concebir ni accidentes, ni modos, porque es infinita, es del todo completa: el sér, el conocimiento, el amor: Dios siendo, Dios conociéndose ó engendrando á su Verbo, Dios amando á su Verbo y amado de su Verbo, constituyen tres personas, en una misma natura-

leza, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El águila de Meaux dijo en su lenguaje inspirado: «Si yo fuese como Dios una naturaleza infinita, incapaz de todo accidente sobrevenido á su substancia, y que fuese preciso que todo fuese substancial en ella, mi poder (mi sér), mi inteligencia y mi amor serian alguna cosa subsistente, y yo seria *tres personas subsistiendo en una sola naturaleza.*» Es la última palabra del génuo humano sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

La unidad de persona en el alma humana resulta tambien de su naturaleza finita; mas aun así cuando una de sus facultades predomina extraordinariamente, se vé nacer una tendencia invencible á personificarla, á darle una subsistencia distinta. Á causa de esto el génuo de Sócrates convirtióse en un demonio, la sabiduría de Numa en una Egeria, etc.

Bajo otro punto de vista, san Agustin decia: Encontramos verdaderamente en nosotros una imagen de Dios, esto es, de esta soberana Trinidad, y aunque aquella no sea igual á Él, ó diciéndolo mejor, aunque esté muy lejana, es con todo entre sus obras la que más se acerca á su naturaleza. En efecto; nosotros somos, conocemos que somos, amamos nuestro sér y el conocimiento que de él tenemos. ¡Sér, Conocimiento, Amor! Nosotros hemos dicho ya el porqué en el alma humana estas tres cosas sólo son una naturaleza y una persona.

Porque Dios se conocia necesaria y eternamente, engendra de toda eternidad á su Hijo, ó Verbo. Porque el Padre ama eternamente á su Hijo, y el Hijo ama eternamente á su Padre, el Espíritu Santo, amor mútuo del Padre y del Hijo, procede eternamente del Padre y del Hijo. Y porque es siempre Dios, Dios sér, Dios inteligencia, Dios amor, forzoso es afirmar una sola y misma naturaleza en tres personas consubstanciales y coeternas, un solo Dios, á quien es debido un solo culto, una sola adoracion, un solo amor.

«Sin la Santísima Trinidad, decia tambien Bossuet, Dios,

del cual se origina toda paternidad, à *quo omnis paternitas nominatur*, Dios que es más Padre que todos los padres, no tendria Hijo. Pues bien, ¿por qué la naturaleza divina habia de carecer de esta perfecta fecundidad que dá á sus criaturas? ¡El nombre de padre es, pues, tan deshonroso é indigno del primer Sér, que no le pueda convenir segun su propiedad natural? ¿Pues yo que á los otros hago parir, no pariré yo mismo? (Isaías, LXVI, 9.) Y si es tan bello hacerse hijos por adopcion, ¿no es más bello y grande aun engendrarlos por sí mismo?..... ¿Producir por abundancia, por plenitud, por efecto de una inagotable comunicacion, en una palabra, por la fecundidad y riqueza de una naturaleza feliz y perfecta?... Dios de Dios, luz de luz, Hijo perfecto de un Padre perfecto, que es Padre desde que es, que concibe en sí mismo á su Hijo coeterno.» Nada, pues, más razonable que el misterio de la santísima Trinidad que dá á Dios su Hijo único, á quien ama infinitamente y del cual es infinitamente amado, al mismo tiempo que de este amor mútuo procede eternamente el Espíritu Santo.

Si, para el alma iluminada por la Fe, el misterio de la santísima Trinidad es eminentemente razonable, es en Dios una maravillosa y gloriosa necesidad de su naturaleza infinita, es para la humanidad regenerada un misterio de amor infinito. Porque Él nos amó con un amor eterno, Dios Padre nos ha sacado de la nada. Y en su misericordia ha amado tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo. El Hijo nos ha amado, se ha hecho carne, se ha entregado por nosotros. El Padre y el Hijo nos han amado tanto, que nos han enviado el Espíritu Santo, Espíritu de consolacion, Espirita de amor, que ha hecho su templo de nuestras almas y de nuestros cuerpos santificados por su gracia, sus virtudes y dones, que suplifica incesantemente en nosotros con gemidos indescribibles.

Hemos encontrado la santa Trinidad en la Revelacion, en la razon iluminada por la Fe, en el alma humana hecha á imagen de Dios; la encontramos tambien en la tra-

dición cuyas tinieblas ilumina, y en la síntesis de las ciencias en que la unidad en la trinidad tiene un lugar verdaderamente extraordinario.

La tradición.

Aristóteles: ¿Qué piensa Dios? Se piensa á sí mismo. Su pensamiento es el pensamiento de su pensamiento, y este número *Tres* es la ley de la naturaleza: nosotros lo aplicamos á nuestras devociones para con los Dioses.

Platon: El primer bien es Dios; la inteligencia es el hijo de este primer bien que lo ha engendrado semejante á él, y el alma (el espíritu) del mundo es el término entre el Padre y el Hijo.—Sobre una célebre inscripción griega se leía: El gran Dios, el Engendrado de Dios, el todo brillante:

μεγας θεος, θεογενετος, πανφωρος

—En Egipto, el oráculo famoso de Serapis decía: Antes que todo, Dios, despues el Verbo, despues el Espíritu, tres Dioses engendrados juntos y reuniéndose en uno solo.

—El Onpnekal de los indios dice que Dios es *Trabal*, esto es *Tres* no haciendo más que *Uno*.

Los Tibetanos invocan á Dios bajo tres nombres: *Om*, el brazo ó el poder; *Ha*, la palabra ó el Verbo; *Hum* el corazón ó el amor.

Se encuentra en el Lao-tsen de los Chinos este extraño texto: Sábese comunmente que tres son tres; pero no se sabe que tres son uno. La primera persona considerándose á sí misma engendra la segunda: la primera y la segunda amándose mutuamente respiran la tercera.

Añadamos, en fin, que vemos aparecer por todas partes, en la naturaleza y en la ciencia, en el mundo abstracto y en el concreto, este dogma ó símbolo inefable de la Unidad en la Trinidad, de la Trinidad en la Unidad. Encuéntrase esta tesis admirablemente desarrollada en la excelente obra, *la Ciencia sagrada*, del abate Berseaux, tomo II,

páginas 302 y siguientes. Tracemos solamente algunos rasgos de este magnífico cuadro.

En la sociedad espiritual: Jesucristo, la Iglesia y los fieles.

En el alma humana: *el sér, la inteligencia, el amor*. Nosotros somos, conocemos y amamos.

El fondo de nuestra alma activa comprende: una primera idea, *la idea del sér*; una primera voluntad, la voluntad de poseer el sér, *el deseo de la beatitud*; un primer sentimiento, *el sentimiento de nuestro cuerpo*.

Las operaciones de la inteligencia son en número de tres: *la idea, el juicio, el raciocinio*.

La idea comprende: un *sujeto* que percibe, un *objeto* que percibir, *la percepcion* ó el objeto percibido.

El juicio supone el *sujeto*, el *verbo* y el *atributo*.

El raciocinio comprende tres proposiciones: la primera *mayor* engendra la segunda *menor*, y la tercera *conclusion* nace de la mayor y de la menor.

El sér en sí mismo es *puramente espiritual, puramente material, ó mixto*.

Los tres mundos, *espiritual, material y mixto*, no hacen más que un solo universo.

Todo sér tiene su *sustancia*, su *forma* ó *especie*, su *orden*.

Todo sér creado ó increado se muestra á nosotros bajo tres cualidades: *bueno*, cuyo tipo es el Padre; *verdadero*, cuyo tipo es el Hijo ó el Verbo; *bello*, cuyo tipo es el Espíritu Santo.

El mundo material comprende tres especies de séres: los *minerales* que son, los *vegetales* que son y viven, los *animales* que son, viven y sienten.

Los espíritus celestes se dividen en tres clases ó grandes jerarquías; cada jerarquía se divide en tres órdenes.

El sér considerado relativamente es ó *causa* ó *medio* ó *efecto*.

Considerado como sucesivo el sér es *pasado, presente* ó *venidero*.

En la gramática hay tres pronombres: *yo, tú, él; mí*

tu, su; mi, tu, el; mio, tuyo, suyo; nosotros, vosotros, ellos.

Hay tres términos: *sustantivo, adjetivo, verbo.*

El sustantivo es *masculino, femenino ó neutro.*

El adjetivo es *positivo, comparativo y superlativo.*

El verbo es *activo, pasivo ó neutro.*

En las Ciencias matemáticas. La Aritmética comprende tres operaciones fundamentales: la *numeracion*, la *adicion* y la *sustraccion*,

Todo cuerpo tiene tres dimensiones: *longitud, anchura y profundidad.* Las magnitudes geométricas son en número de tres: la *línea*, la *superficie*, el *volumen.*

La línea tiene su *principio* ó punto de partida, su *medio*, su *fin* ó punto de llegada.

La línea es *recta, quebrada ó curva.*

La recta es *horizontal, vertical, normal ó inclinada.*

Dos líneas forman tres ángulos, *agudo, recto y obtuso.*

Un triángulo tiene tres *ángulos*, tres *lados*, tres *vértices.*

Todo polígono es divisible en triángulos, como todo número es descomponible en números triangulares.

Todo círculo tiene su *centro* ó foco, su *radio* y su *circunferencia.*

La mecánica comprende tres grandes divisiones: la *estática* ó ciencia del equilibrio, la *cinemática* ó ciencia del movimiento, la *dinámica* ó ciencia de las fuerzas, causas del movimiento.

Las leyes del mundo planetario son en número de tres: la *ley del movimiento elíptico al rededor de un centro de atracción*, la *ley de los áreas*, la *ley de los tiempos de revolución.*

La química está regida por tres leyes correspondientes á la acción de Dios, que lo ha hecho todo con *número, peso y medida*: la *ley de las proporciones múltiples*, la *ley de los equivalentes*, la *ley de los volúmenes.*

Todos los cuerpos objetos de la física ó de la química son *sólidos, líquidos ó gaseosos.*

En cristalografía todas las formas cristalinas se reducen á tres tipos: el *tetraédro*, el *cubo* y el *rombo.*

En acústica un sonido cualquiera está caracterizado por tres elementos: el *sonido*, la *intensidad* y el *tono.*

Hay tres notas fundamentales: la *dominante*, la *tercera* y la *quinta* forman la armonía perfecta.

Los instrumentos de música son de *viento*, de *cuerda*, de *percusion.*

En fisiología y psicología hay tres grandes objetos de estudio: el *cuerpo*, el *alma*, la *unión del alma y del cuerpo.*

La vida depende de tres órganos, que Bichat llama etapas de la vida: el *estómago*, órgano de la potencia; el *cerebro*, órgano de la inteligencia; el *corazon*, órgano de la afección ó amor.

Tres órganos principales están presentes en todas las partes del cuerpo: el *estómago* por los vasos quillifitos, el *cerebro* por los nervios, el *corazon* por las arterias y las venas.

La familia esta constituida por el *padre*, la *madre* y el *hijo.* El hombre, el *padre*, creado independiente, en pié, en su fuerza, representa al Padre eterno. La *mujer* creada del hombre, su imágen, su gloria, su belleza, carne de su carne, sangre de su sangre, huesos de sus huesos, figura el Verbo divino, engendrado del Padre; el *hijo*, procedente del padre y de la madre, de su amor mútuo, es la imágen del Espíritu Santo.

La sociedad civil está constituida por tres cosas: el *padre*, el *ministro* y el *súbdito.*

Podríamos multiplicar hasta lo infinito estas comparaciones y probar de este modo que la Trinidad en la Unidad es la ley esencial de la naturaleza. Un autor, animado de las mejores intenciones, M. P. Bonverat, en un pequeño volúmen intitulado *Speculum Trinitatis* ó compendio de la universidad de las cosas en las cuales la Santa Trinidad ha impreso su sello divino (Haton, Paris, 1871), ha multiplicado hasta lo infinito las manifestaciones singulares de la Santa Trinidad, en el mundo físico, moral y metafísico...

Es, pues, verdad, absolutamente verdad que, aun sobre

el más profundo, el más inaccesible de los misterios, los testimonios del Señor se han hecho perfectamente creíbles... La Trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina es en Dios un hecho, no solamente esencial y necesario, sino fecundo y vivificante; y en sus relaciones con la humanidad, una fuente infinita de grandeza, de santidad, de divinidad.

Adoremos pues, y repitámos incesantemente, con la santa Iglesia católica, la antigua y cara doxología: *¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, es ahora y será en los siglos de los siglos! Repitámosla sobre todo en nuestro último suspiro, cuando, llamando sobre nosotros la misericordia de Dios, su ministro dirá: «Ha pecado mucho, pero no ha negado ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo. ¡Ha creído y será salvado!»*

Capítulo duodécimo cuarto.—Dios creador.—El inspirado libro del Génesis comienza por esta afirmación solemne é inesperada que el espíritu humano no hubiera ciertamente inventado: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra.» Este gran dogma de la creación reaparece en seguida, casi á cada página, en las divinas Escrituras; constituye una tradición humanitaria, que la madre de los Macabeos resume admirablemente en esta sublime exhortación dirigida al más joven de sus hijos: «¡Ruégote, hijo mío, que mires al cielo y á la tierra y á todas las cosas que allí hay, y entiende que Dios de la nada lo hizo todo, y al género humano!»

El hecho de la creación era tan conocido, tan universalmente adoptado y creído, que Jesucristo pudo guardar silencio sobre él suponiéndolo por todas partes. Pero reaparece en la enseñanza de los Apóstoles; éstos predicaron á Aquel que creó todas las cosas, y su Símbolo comienza por este acto de fe: «Creo en Dios, Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.» El cuarto concilio de Letran, queriendo formular de nuevo este dogma capital, exige que todo católico confiese que hay un solo Dios,

principio de todas las cosas, creador de los seres visibles é invisibles, que por su virtud todopoderosa, *hizo de nada*, al principio de los tiempos, una y otra sustancia, la sustancia espiritual y la sustancia material, el mundo angélico y el mundo material; despues la sustancia humana, comun en alguna manera á los dos mundos, constituida por un espíritu y un cuerpo.

En fin, el concilio ommúnico Vaticano ha renovado en estos términos la enseñanza del concilio de Letran: «Por su bondad y la virtud todopoderosa, no para aumentar su dicha ó adquirirla nueva, sino para manifestar su perfección, por los bienes que procura á las criaturas, este solo verdadero Dios, por el consejo más libre, formó á la vez y de nada, al principio de los tiempos, dos especies de criaturas, espiritual y corporal, á saber, los ángeles y el mundo, y en seguida los hombres, cuya naturaleza, espiritual ó corporal á la vez, participa de toda la creación.»

Los cánones del concilio del Vaticano y los anatemas que pronuncia, definen todavía mejor el misterio del Dios creador:

«1.º Si álguien negare un verdadero Dios creador de las cosas, visibles é invisibles, sea anatema.

«2.º Si álguien se atreviere á afirmar que fuera de la materia no existe nada, sea anatema.

«3.º Si álguien dijere que la sustancia ó esencia de Dios es una sola ó idéntica, sea anatema.

«4.º Si álguien dijere que las cosas, tanto corporales como espirituales, son emanaciones de la sustancia divina, sea anatema;

«0 que la divina esencia por sus emanaciones ó evoluciones hizo todas las cosas;

«0, en fin, que Dios es el sér universal é indefinido, que, por su determinación, constituye la universalidad de las criaturas distintas en géneros, especies é individuos, sea anatema.

«5.º Si álguien no confesare que el mundo y todas las cosas que están en el mundo, tanto materiales como espi-

rituales, han sido, en cuanto á su sustancia, producidas por Dios, sea anatema.

«6.º Si alguien dijere: Dios creó, no por una voluntad exenta de toda necesidad, sino creó tan necesariamente como necesariamente se ama Él mismo, sea anatema.

«7.º Si alguien negare que el mundo fuese creado para gloria de Dios, sea anatema.»

Las múltiples pruebas que hemos dado de la existencia de Dios son al mismo tiempo pruebas de la existencia del Dios creador, ó de la realidad de la creacion. Y podemos decir, sin vacilar, que todas las ciencias, la mecánica, la astronomía, la física, la química, la geología, la biología, etc., etc., demuestran invenciblemente la verdad del dogma cristiano de la creacion.

Dios es, el mundo es, y es porque Dios lo ha creado. Estas son tres grandes verdades, perfectamente ciertas, afirmadas por la revelacion, la razon y la ciencia á la vez. Lo desconocido es el cómo de la creacion. ¿Cómo la inmutabilidad infinita y esencial de Dios se adapta al acto de creaciones sucesivas? ¿Cómo el sér de las criaturas pudo ser realizado por Dios, y hecho subsistente en sí mismo? En una palabra, ¿cómo los seres creados están en Dios y fuera de Dios? Esta es la grande cuestion que se tiene que iluminar con alguna claridad.

El sér de las criaturas no puede ser una cosa añadida al sér divino, de suerte que el sér de las criaturas añadido al sér divino fuese una cosa superior á Dios; porque si esto fuese así, Dios no sería ni el que es, ni infinito. Despues de la creacion no hay más sér, en singular, *plus entis*, sino *seres*, en plural, *plura entis*,—*plura habentia ens*. El sér de las criaturas sólo puede ser, pues, una especie de participacion del sér, de co-posesion del sér, una cosa que la criatura posee con el sér de los seres, con Dios, pero de una manera diferente.

«Su participacion actual del sér de Dios, dice san Agustín (*De diversis Questionibus* LXXIII, quæst. XLVI, n.º 2,) es la que hace que las cosas sean lo que son y como son.»

San Agustín dice tambien (*De Génesi ad litteram*, 515): «Todas las cosas que han sido hechas estaban antes de su creacion en el pensamiento del Creador; y ciertamente son mejores allí donde son más verdaderas. Porque Dios no las hubiera hecho si no las hubiera conocido, y no las hubiera conocido si no las hubiera visto; y no las hubiera visto si no las hubiera tenido.»

«Cada naturaleza, dice santo Tomás, tiene su esencia propia, por la cual participa en alguna manera de la semejanza divina.» (*Summa*, pars prima, quæst. 16 ad pum.). El P. Monsabré, comentando á Santo Tomás, dice: «Las ideas son la misma esencia divina, en tanto que es participable y puede ser imitada por las criaturas.» La criatura participa el sér en limites finitos; en Dios el sér es sin límites. Se puede y debe aplicar al sér lo que san Agustín dice del bien: *Ser este, ser aquel, quitad este y aquel, y contemplad, si podeis, el mismo sér* (*¡El que es!*), *ser no de otro sér, sino ser de todo sér*. Lo cual el cardenal Gerdil interpretaba de este modo: «Bástale á uno entrar dentro de sí mismo, y consultar la idea de Dios, para convencerse plenamente de que el sér sin restriccion, Él que es, debe comprender toda realidad á la cual pueda estenderse el nombre de Dios; porque, si hubiera alguna realidad fuera de Dios que no fuese en Dios, es evidente que no sería la plenitud del sér; sería una especie de sér y no el mismo sér. Pues bien, la realidad de los seres finitos no puede estar formalmente en Dios, tal como está en los seres finitos, esto es, acompañada de defectos y negaciones, porque en Dios no hay ciertamente ningun defecto, ninguna negacion de realidad, pues que es una contradiccion que en el mismo sér haya negacion de sér; es preciso, pues, que la realidad de los seres finitos se encuentre en Dios sin defectos y sin imperfecciones.» (Cardenal Gerdil, *Defensa de Malebranche*.) Citemos, en fin, á Suarez: «Las criaturas pueden ser consideradas bajo dos puntos de vista: de una manera, segun el órden que tienen en Dios, sér que es formalmente en Dios, el mismo Dios: en razon de este sér,

la criatura es llamada sér eminentemente en Dios, y de esta manera la criatura no es ya criatura, sino la misma esencia creadora, segun esta palabra de san Juan: «Lo que fué hecho era vida en Él (en el Verbo divino).» En segundo lugar, las criaturas pueden ser consideradas en sus propias esencias, teniendo en cuenta, no solamente la perfeccion que tienen en Dios, sino la que ellas mismas tienen mezclada de imperfecciones, esto es, con límites, y distinguiendo la una de la otra.» En resumen, el Sér es participable en tal grado, este es el órden de los posibles; el Sér es participado en tal grado, este es el órden de las existencias. ¿Pero cómo puede realizarse esta participacion? Cómo formarse una idea de la creación?

Concibamos una inteligencia finita, un génio humano, un poeta, un orador, un pintor, un escultor, un ingeniero mecánico. Ha concebido la idea de un poema, *la Iliada*; de un discurso, *pro Milone*; de un cuadro, *la Transfiguracion*; de una estátua, *el Moisés*; de un mecanismo, *la Máquina de cálculos*, etc., etc. Su concepcion se levanta en su espíritu, la ve, la contempla viviente, animada. Quisiera realizarla fuera de él, hacer su creacion subsistente en sí misma, hacerla admirar de todos. Pero esto es imposible. Su creacion es un modo de existencia de su alma. Para hacerla existir fuera de él, tendria que separarse de sí mismo ó reducirse él mismo á la nada. ¿Y cómo la hará subsistir fuera de él? No es, no es nada allí donde quisiera colocarla. Si le dais una pluma, tinta y papel; un lienzo, un pincel y colores; mármol con un cincel y un martillo, metal y fuego, realizará hasta cierto punto su idea. Pero será una realizacion muerta, abstracta, que exigirá, para ser comprendida, otros espíritus además del suyo. De ningun modo será una creacion. La creacion verdadera, el sér engendrado de nada, permanece en su génio, en su alma, en él.

Pero lo que no puede una inteligencia finita, ¿por qué no lo podrá una inteligencia infinita? En Dios las razones propias de las cosas, los tipos divinos de toda perfeccion

creada están eterna é invariablemente. Vé, este es el lenguaje de Bossuet, todas las diferentes participaciones que puede hacer. Y las ideas divinas no son modos de su sér infinito, son Él mismo. Es por todas partes, y fué siempre allí donde quiso realizarlas. Si no pudiese hacer existir fuera de Él, y en sus propios límites, el sér que en Él es su esencia infinita, sería menos que el poeta, el orador, el pintor, el escultor, que dá cierta existencia fuera de sí á su obra, cuando le ha encontrado un apoyo. *El apoyo de la criatura es el Creador*. La multiplicidad encuentra su razon de ser en la simplicidad de Dios, como el tiempo en su eternidad, como el lugar en su inmensidad.

Otra vez más, el sér de la criatura está en el sér creado con límites y á la vez en Dios sin límites. No añade nada al sér infinito de Dios. *No más séres, sino sér*.

Una segunda comparacion hará resaltar mejor todavía la posibilidad, y arrojará alguna luz sobre el cómo de la creacion, sin que este cómo cese de ser un misterio impenetrable.

Un rey gobernaba su reino y ejercia en él toda autoridad. Era á la vez general, juez, etc., etc.; ó más bien, no tenia todavía ni general, ni juez, etc. No es que la autoridad que constituye y distingue al general, al juez, etc., no fuese; estaba en la autoridad del rey que contenia toda la realidad, pero estaba en ella sin la forma, sin los límites que definen ó caracterizan al general, al juez, etc.

Un día, quiso el soberano dividir su imperio en departamentos, distritos, cantones, concejos, etc., y hacer participar de su autoridad á cierto número de sus súbditos, creando generales á los unos, jueces, gobernadores, alcaldes, etc., á los otros. Sería falso decir, que despues de sus creaciones hubo más *autoridad* en el reino, porque nada fué añadido por eso á la autoridad del rey; hubo solamente más *autoridades*, más hombres teniendo la autoridad, en participacion ó co-posecion de la autoridad, pero no participando de la misma manera de ella. El general es la autoridad del rey limitada al mando de tal cuerpo de ejér-

cito; el juez es la autoridad del rey limitada al ejercicio de la justicia; el gobernador es la autoridad del rey limitada á la administracion de tal departamento, etc. Quitad los limites que separan unas de otras á estas autoridades: que el concejo se convierta en departamento y el departamento en reino, que la administracion, en vez de limitarse al órden civil, se extienda al órden militar, judicial, etc., encontrareis la autoridad del rey. Y notemos tambien que la autoridad del general, del prefecto, del juez, etc., no es una parte sílcota, la mitad, el cuarto de la autoridad del rey; cada una de ellas es solamente la autoridad del rey limitada de tal manera, participada hasta tal grado. Si se sustituye á la autoridad del rey el sér divino ó simplemente el *Sér*, y á las autoridades parciales del general, del gobernador, del juez, etc., los diversos séres que componen la creacion, encontramos todo lo que hemos dicho de las relaciones de los séres contingentes con el sér necesario. Esta comparacion, defectuosa como todas las comparaciones, difiere sobre todo de la verdad en que en la participacion de la autoridad trátase de la co-posesion de un sér abstracto ó moral, la autoridad, mientras que en la creacion trátase de la participacion del sér real, fisico y concreto. Pero es un primer principio el tener que afirmar del sér necesario, infinito, todas las perfecciones verdaderamente perfeccionantes de los séres contingentes, finitos. Y, porque es para la autoridad una perfeccion perfeccionante hacerse participar, poder delegarse, tanto cuanto más extendida ó soberana sea, el sér de los séres, el sér por esencia, en el libre ejercicio de su omnipotencia, debe poder comunicarse indefinidamente, pero no infinitamente; es decir, Dios puede llamar libremente una multitud de criaturas á poseer con Él, por Él, en Él, pero de una manera finita, el sér ilimitado é infinito que es su esencia. Debe haber en ello, en una palabra, co-posesion real del *Sér*, como hay participacion moral en el sér simple y abstracto que significa la palabra *autoridad*.

Lejos de implicar los monstruosos errores del espino-

sismo y del panteismo la doctrina que acabamos de exponer, es su negacion y refutacion más formal. En efecto: 1.º del mismo modo que es absurdo decir que la autoridad del rey sólo es el resultado, el conjunto de las autoridades de los generales, de los gobernadores, de los jueces, etc., de su reino, seria absurdo é impío decir que el sér divino sólo es el resultado, el conjunto de todos los séres de la naturaleza. Al contrario, del mismo modo que la autoridad del rey es una realidad distinta de la de las autoridades que gobiernan en ella, por ella, con ella, realidad que ha debido preceder, que ha precedido efectivamente á estas autoridades subordinadas, y les ha dado la existencia; del mismo modo el Sér divino, esencial y absolutamente distinto del conjunto de las criaturas, es el sér necesario, eterno, infinito, que ha precedido de toda eternidad á las criaturas existentes; y estas criaturas sólo existen, porque Dios las ha llamado á la co-posesion del Sér.

2.º Así como seria absurdo decir que todo en el reino es rey, porque los generales, los gobernadores, los jueces, etc., participan de una manera finita de la autoridad ilimitada del rey, por eso las criaturas no son Dios, precisamente porque sólo participan de una manera finita del Sér infinito, que es Dios.

3.º Así como es inexacto y absurdo decir que la autoridad del general, del gobernador, del juez, son una emanacion natural y espontánea, una evolucion necesaria, un desarrollo regular, una determinacion de la autoridad indeterminada del rey; así como es forzoso decir, al contrario, que todas estas autoridades sólo existen por el libre ejercicio de la voluntad del soberano, por una participacion, por una delegacion libre de su autoridad propia é indefinida; del mismo modo seria impío afirmar, como lo prohíbe, bajo pena de anatema, el Concilio Vaticano, que el sér de las criaturas es una emanacion, una evolucion, un desarrollo necesario, una determinacion del Sér divino. La limitacion de la autoridad se encuentra, no en la autoridad del rey, sino en cada autoridad individual. Y

del mismo modo es en la criatura y no en el Creador en donde el sér está limitado, determinado, etc. Y nosotros creemos muy bien que al decir san Pablo: «Nosotros tenemos en Dios la vida, el movimiento y el sér,» quiere enseñarnos que Dios está íntimamente presente en cada sér para *causar* en él el ser, la acción y la vida; pero no dice que los séres sean como una porción de Dios, que Dios hace participar su sustancia y vida por emanación, por efusión, por limitación, por determinación de su sér. Dios está presente en todas las cosas, porque es la *causa* necesaria de todo lo que es.

Es útil probar que esta doctrina arroja gran luz sobre todas las cuestiones de la filosofía y de la teología natural. 1.º Todas las criaturas son de Dios y en Dios; Dios ejerce sobre ellas un dominio de tal modo esencial y soberano, que cesaría de ser rey, si cesasen de ser súyas; así como un rey cesaría de ser rey, si un general, un gobernador, un juez, cesase de administrar en su nombre y se declarase independiente. 2.º Dios debe necesariamente exigir de todos los séres racionales, que le conozcan, amen y sirvan, porque el Sér divino que se comunica á la criatura se ama esencialmente y busca esencialmente su gloria. 3.º El pecador que prefiere una participación del sér al Sér infinito, que vuelve contra Dios el sér que ha recibido de Dios, que lo fuerza virtualmente y tanto como puede á negarse, es infinitamente más culpable que el general, el prefecto, el juez, que vuelven contra el rey la autoridad de que éste les ha revestido. 4.º La criatura que se complaciese en sí misma, en tanto que es criatura, que no pusiese toda su gloria y grandeza en su participación finita del Sér, asemejaríase á un alcalde bastante insensato para gloriarse, no de que participa en cierto grado de la autoridad del rey, sino de que su autoridad es limitada á la administración de un concejo, ó que se glorificase de una negación. 5.º Dios no es el autor del mal; Dios no es responsable del pecado de la criatura, como un rey no es responsable de los abusos de autoridad

de los que le representan, abusos que resultan necesariamente de dividir su autoridad con séres libres é imperfectos, abusos que no le ponen forzosamente en la necesidad de conservar para sí solo la autoridad, sin participarla á álguien, abusos que se tienen que sufrir y que hasta reprimir, castigándolos con penas proporcionadas á su gravedad.

Estas comparaciones nos hacen, en fin, comprender mejor que Dios es un rey benévolo y sabio, que sólo multiplica sus representantes, comunicándoles su autoridad, para ofrecerse bajo diversas formas á los homenajes y al amor de sus súbditos, para velar en los más pequeños detalles por sus necesidades, para ocuparse enteramente en su interés. *Totus in nostros usus expãnsus.*

Añadamos, para completar esta comparación, por insuficiente que sea, entre la autoridad del rey y el sér de Dios, esta última consecuencia. Del mismo modo que despues de la constitucion del general, del gobernador, del juez, etc., el rey ha permanecido lo que es, salvo el acto de su voluntad sobrevenido en el tiempo y que ha sido un modo contingente de su alma; del mismo modo que todos los cambios que han producido estas delegaciones están fuera del rey, etc.; del mismo modo nada cambió en Dios, y Dios guardó su inmortalidad infinita en la creación, efecto de una voluntad eterna como Él. La sucesion y el cambio están enteramente fuera de Dios, que permanece uno, simple, indivisible é inmutable. Dios quiso desde toda la eternidad las leyes que en el tiempo presidieron á las sucesiones y evoluciones de sus criaturas, aunque permaneciendo siempre el mismo.

Más atrevido que la mayor parte de los apologistas de la religion cristiana, he tratado de dar una idea del terrible cómo de la creación, con el objeto sobre todo de cerrar la puerta al panteísmo. Si ha acontecido que algunas de mis espresiones no chocan todavía bastante con este monstruoso error, las retracto anticipadamente y con todo mi corazon.

Un sabio muy ilustre, sir Carlos Babbage, ha aclarado con muchísima luz la conciliación de la inmutabilidad divina con la movilidad incesante de la creación, haciendo intervenir la máquina de cálculos analíticos, admirable creación de su génio, que sólo pudo construir ¡ay! en muy pequeña escala. El modelo que tanta admiración excitó sólo mostraba quince cifras, y él hubiera querido treinta. Movida por un peso, la máquina hacia aparecer automáticamente en sus lamparillas séries de números, sucediéndose segun cierta ley: la série de números naturales, la série de sus cuadrados, de sus cubos, etc., la série de los números triangulares, de los piramidales, etc., etc. Despues de haber visto una misma série de números sucederse millares y millares de veces, y cuando se esperaba verla continuar indefinidamente, como la sucesion de los fenómenos de la naturaleza, el ojo sorprendióse de ver por un salto brusco en el movimiento, pero no en la máquina, la aparicion del primer número de una série completamente diferente de la primera. Nada ha cambiado en la máquina, permanece como la habia hecho en su nacimiento el génio de su creador; el cambio está completamente fuera de la máquina, en los números de las lamparillas, que son el producto natural y como espontáneo de su accion, accion salida eternamente (si pudiese ser eterna) del pensamiento de su autor. Tendriase que leer por completo en la misma obra de sir C. Babbage: *Noveno Tratado Bridgewater*, el segundo capítulo: *Argumento en favor del designio, deducido del cambio de ley en los fenómenos naturales*: este corto extracto bastará para mostrar el alcance de sus consideraciones completamente nuevas.

«A la vista de resultados obtenidos tan sencillamente, es imposible no palpar la aplicacion que se puede hacer al más grandioso y más complejo de los fenómenos de la creación. Llamar á la existencia todas las variedades de las formas vegetales, á medida que son aptas para existir, por la adaptacion sucesiva de la tierra que las alimento,

es indudablemente el ejercicio del poder creador. Cuando una rica vegetacion ha cubierto el globo, crear animales apropiados á esta morada, los cuales, alimentándose de sus espléndidas plantas, embelesan la faz de la tierra, no es un ejercicio menos elevado y menos benévolo de la potencia creadora. Cambiar de época en época, despues de períodos más ó menos largos, las razas existentes, á medida que la alteracion de las circunstancias físicas hace su morada menos conforme á sus costumbres, permitiendo la extincion natural de algunas razas para hacer nacer, por una nueva creacion, otras razas mejor apropiadas al lugar préviamente abandonado, es siempre el ejercicio benévolo del poder creador. Causar una alteracion de estas circunstancias físicas para aumentar lo comfortable de los animales nuevamente creados, etc., etc., todos estos actos implican un poder del mismo órden, una superintendencia benévola, cuidadosa en sacar provecho de las modificaciones de los climas, con el objeto de procurrar una felicidad mayor.—Pero haber visto, en el momento de la creación de la naturaleza, que vendrá un período en el cual, entrando en condiciones mejores y previstas, será susceptible de convertirse en el apoyo de formas vegetales; que éstas, despues de un tiempo suficiente, podrán servir de alimento á las existencias animales; que estas formas gigantescas ó microscópicas deberán, en períodos marcados anticipadamente, llegar sucesivamente á la existencia, para extinguirse en seguida definitivamente; que esta extincion y muerte, destino de cada existencia individual, se ejercerán con igual poder sobre las razas que las constituyen, que la extincion de cada raza es tan cierta como la muerte de cada individuo, y la presentacion de nuevas razas tan natural como la desaparicion de sus predecesoras; haber previsto todos estos cambios, y haber previsto por las leyes que los abrazan todo lo que debe acontecer, sea á las mismas razas, sea á los individuos que las componen, sea al globo que habitan, es la manifestacion de una ciencia y de un poder infinito. Y

en estas condiciones perfectamente dignas de Dios, se puede aceptar esta conclusion cierta: *Que los más mínimos y más lentos cambios, como también las transiciones más considerables y bruscas en la apariencia, han sido la consecuencia necesaria de algunas leyes muy estensas y generales, impresos en la aurora de la existencia del mundo por su Creador.*» Veda, cimentada por el génio humano é ilustrada por la máquina de cálculos analíticos, la obra maestra de la mecánica, la conciliación perfecta de la libertad y de la movilidad de la creacion con la eternidad y la inmutabilidad divinas. La evolucion de la materia sin Dios es un absurdo desesperador. La evolucion de la materia con Dios, por Dios, en Dios, es una síntesis magnífica del universo, que satisfará en todo cuando se la complete por la creacion inmediata de los espíritus y de las almas.

Capítulo vigésimo quinto. — La Providencia. — Dios ordena, combina y rige todos los acontecimientos del universo que ha creado. Da á cada sér su lugar, su rango, su medida, su grado, su proporcion; los gobierna á todos por una accion tan dulce como poderosa; obra en los hombres por los hombres, á menudo para los hombres, y á pesar de los hombres, todo lo que quiere, cuando quiere y como quiere, sin ser detenido jamás en la ejecucion de sus designios por la resistencia de sus criaturas, atándolo todo fuertemente de un extremo á otro, y conduciéndolo todo suavemente á sus fines. Ningun dogma es más claramente enseñado por la razon y por el consentimiento unánime de todos los pueblos. Todos han reconocido que la Divinidad gobierna el mundo. Por doquiera y en todos los tiempos los hombres le han dirigido sus oraciones como al soberano morador de todas las cosas; su accion sobre sus criaturas sólo es negada por aquellos que han dicho, no en su inteligencia, sino en su corazon y voluntad extrañada por los sentidos: *¡No hay Dios!*

Ningun dogma es también más claramente revelado en

la santa Escritura: «Señor, vos habeis asentado la tierra, y ella permanece firme bajo nuestros piés. Desde vuestro mandato subsiste la luz, porque todas las criaturas están á vuestras órdenes.» «Dios envía la luz, y ella parte; la llama y viene estremeciéndose (*sic, ondeando*). Las estrellas han brillado con todo su resplandor, cada una en el lugar que les fué señalado, y se han complacido en hacerlo en honor de Aquel que las ha hecho.» «Dios se cuida igualmente de todos los hombres, dá á cada uno la vida, la respiracion y todas las cosas.» «Él es el que ha hecho nacer de un solo hombre al género humano para habitar toda la tierra, habiendo determinado el tiempo preciso y los límites de su habitacion sobre el globo...» «Vos habeis ordenado todas las cosas, dice la Sabiduría, con medida, número y peso, porque el soberano poder está en vos y para siempre. ¿Quién podrá resistir á la fuerza de vuestro brazo? El universo está ante vos como el granito que apenas puede inclinar la balanza, y como una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero os compadeceis de los hombres porque lo podeis todo, y disimulaís sus pecados á fin de que hagan penitencia. Amais lo que es, no odiáis nada de lo que habeis hecho, porque si lo odiaseis, no lo hubierais creado. ¿Qué hay en efecto que pueda subsistir, si vos no lo hubierais querido? Pero vos sois indulgente con todos, porque todo está en vos. ¡Oh Señor, que amais las almas! Quién es el que os dirá: ¿por qué habeis hecho esto? Ó ¿quién protestará contra vuestro juicio? ¿quién se levantará ante vos para tomar la defensa de los hombres injustos? Porque despues de vos, que cuidais de todos los hombres, no hay otro Dios, ante el cual se pueda apelar de los juicios que pronunciaís. No hay rey ni príncipe que se pueda levantar contra vos en favor de los que habeis hecho perecer.»

Jesucristo Dios, la verdad, la sabiduría, la ciencia, la bondad infinita, nos describe la divina providencia en rasgos tan sencillos y conmovedores, que se tendria que ser insensato y cruel para no dejarse enternecer: «No os